

Año Sacerdotal

No hay en la Historia de la humanidad una noche más divina y más humana a la vez, que la noche del Jueves Santo. San Juan comienza su narración diciendo: “*Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*”; diríamos que los amó hasta la locura del amor.

- Un amor que se hace siervo siendo Señor, hasta lavarles los pies a sus discípulos; también a Judas que los tenía sucios de traición.
- Un amor que se hace ternura al hablar, llamándolos “*hijitos míos*”, y les revela el misterio de su Glorificación.
- Un amor que se convierte en ejemplo: “*haced como yo he hecho... amaos unos a otros como yo os he amado*”.
- Un amor desbordante hasta decir: “*si alguno me ama, mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él*”.
- Amor que los hace “amigos íntimos” y no siervos.
- Un amor que pide “permaneced en mi amor”, es decir, fidelidad porque “sin mí nada podéis hacer”.
- Amor que, traspasando las fronteras humanas, tomará en sus manos un trozo de pan y un cáliz con vino para decir: “*esto es mi carne, esto es mi sangre*”. ¡La Eucaristía!
- Y, para culminar ese regalo -su Cuerpo y su Sangre-, añadió: “*haced esto en memoria mía*”, es decir: ¡el Sacerdocio!
- Así nos amó. Una eternidad contemplando y agradeciendo este amor, este “misterio” de amor, no sería suficiente. Siempre descubrimos más abismos de amor y de entrega.

Con la luz de Dios que tenía el Santo Cura de Ars, decía: “*el Sacerdote es el amor del Corazón de Jesús. ¡Todo nos llega por el Sacerdote! Al Sacerdote sólo se le comprenderá en el cielo*”.

La gran verdad consoladora es que Jesús creó al Sacerdote para la Eucaristía y para el perdón. Lo hizo aquella noche de Jueves Santo, cuando se iba a entregar en holocausto por la salvación de los hombres.

Desde entonces han pasado veinte siglos de presencia sacerdotal en el mundo. ¡Quién podría contar ni imaginar el torrente de misericordia que se ha derramado en el mundo a través del sacerdote!

Presencia sacerdotal que es como una fuente que derrama misericordia sin agotarse nunca. El sacerdote, cualquiera que sea, pecador y todo, que tú te encuentras por los caminos de tu vida, lleva en sus manos tesoros divinos para repartirlos generosa y gratuitamente.

San Juan de Ávila dice en sus escritos a los sacerdotes: “*¡Oh, Divina bondad que tanto se ha manifestado en levantar hombres a tal alteza que ponga en las manos de ellos su poder, su honra, su riqueza y su misma persona!*”. Y, en otro lugar, dice: “*¿Por qué los sacerdotes no son santos, pues es lugar donde Dios viene glorioso, inmortal e infalible? Relicarios somos de Dios, casa de Dios y a modo de decir, criadores de Dios, a los cuales nombres conviene gran santidad. Si piedras o demonios no somos, nos veremos todos enteros consagrados al Señor*” (Pláticas a Sacerdotes de Córdoba).

El Santo Cura de Ars recordaba a sus fieles: “*sin el sacerdote no tendríamos la Eucaristía, ni el perdón de los pecados, ni la Palabra de Dios*”, es decir, los dones que nos dan la vida eterna.

El sacerdote es un milagro de Dios, del amor de Dios a los hombres. Su presencia es única, su grandeza espiritual y su misión para el mundo son imponderables.

Acudamos, pues, al sacerdote. Él es el puente que nos une a Dios. Ahí saciaremos nuestra sed de Dios y de perdón.

Gaspar Bustos Álvarez
Delegado diocesano para el Clero